



S. HERMENEGILDO, M.

puramente por su amor quieres ir luego á visitar á aquella persona que te ha ofendido; que quieres privarte de tal visita, de tal concurrencia, de tal juego; que quieres sacrificarle tal gala, tal dije, dándole esta pequeña prueba de que le amas. Mañana no faltará ocasión de darle otra.

2. Ni las personas que hacen profesion de devotas deben juzgarse excusadas de semejantes sacrificios. A la verdad, las victimas que pueden sacrificar no son de tanto valor; mas no por eso son de menor mérito, ni suele costar menos el sacrificarlas. No tienen que ofrecer concurrencias profanas, pasión al juego, enemistades mal disimuladas, galas, adornos excesivos; pero cierto apego á algunas alhauelas inútiles, aunque curiosas; cierta frialdad ó indiferencia, efecto ordinario de una secreta emulacion; cierta inmortificación, cierta rusticidad y falta de crianza, la desigualdad de humor, la falta de agrado, la sobra de delicadeza, victimas son que se pueden y deben degollar. Determina desde luego á cuál de ellas has de aplicar el cuchillo, dando hoy á tu Dios esta prueba de tu amor y de tu zelo. Un espejillo, un adorno de la celda, un mueble, una alhauela demasidamente curiosa, darán bien que llorar á la hora de la muerte á muchas almas religiosas, que á poca costa pudieran contraer un gran mérito para con Dios, privándose de ellas en vida.

---

### DIA TRECE.

#### SAN HERMENEGILDO, MÁRTIR.

Muerto Liuva, rey de los Visogodos, el año 571, su hermano Leovigildo, á quien habia asociado á la corona, viéndose ya único dueño de casi toda España



y de aquella parte de la provincia Narbonense que estaba sujeta al dominio de su nacion, resolvió hacer hereditaria en su familia la corona que hasta aquel tiempo habia sido electiva. Mandó, pues, reconocer por sucesores suyos á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo, y él mismo los puso en posesion de una parte de sus estados; á Hermenegildo consigné la Andalucía, y á Recaredo señaló el reino de Aragon con todas las provincias celtiberas.

Era Hermenegildo el príncipe mas cabal que se conocia en su tiempo; su talla majestuosa, su aire noble y desembarazado, su entendimiento vivo y penetrante, su prudencia, su valor, y sus modales finos y cortesanos en medio de una nacion bárbara, le hacian dueño de todos los corazones. Tuvo la desgracia de ser arriano, como toda la casa real, aunque fuese sobrino de san Leandro y de san Isidoro, arzobispos de Sevilla, que eran hermanos de la reina Teodosia, madre de nuestro santo. Muerta esta princesa, el rey Leovigildo casó en segundas nupcias con Gosvinda, viuda de Atanagildo su predecesor, princesa tan contrahecha de entendimiento como de cuerpo, de genio acre y maligno, violenta, furiosamente colérica, y sobre todo muy encaprichada en el arrianismo.

Viendo Leovigildo debilitado el partido de los católicos con la derrota de los griegos, á quienes habia ochado á fuerza de armas de todas las plazas que ocupaban á lo largo de la costa, dedicó toda la atencion á buscar para el príncipe Hermenegildo una esposa que asegurase con su alianza la paz que acababa de dar á sus pueblos, y contribuyese tambien á la felicidad del reino con sus prendas personales.

Fijó su eleccion en Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia en Francia, y de Brunequilda, y nieta por su madre de Atanagildo y de Gosvinda, princesa no menos distinguida por su rara virtud, que por su

alto nacimiento y extraordinaria hermosura. Era católica; y esta sola circunstancia hubiera sido bastante para romper desde luego aquel tratado, si Ingunda por su parte no se prometiera, con el auxilio de la gracia, reducir á la fe á su esposo Hermenegildo, y su suegra Gosvinda no esperara conquistar con artificio ó con violencia á su nuera Ingunda, obligándola á abrazar el partido del arrianismo.

Desposóse Hermenegildo con Ingunda el año de 579, la cual apenas llegó á España, cuando hechizó á toda la corte. Sola Gosvinda, á quien las bellas prendas de la jóven princesa se la hacian mas odiosa, concibió bien pronto zelos, que pasaron por fin á ser odio y furor desenfrenado. Con todo eso la pareció conveniente disimular por algun tiempo, y hacer todo lo posible para pervertir la religion de su nieta. Con esta idea la hacia á los principios mil caricias, para ablandar su constancia y alterar su fe; pero viendo que no la salia bien este medio, recurrió á las injurias y á las mayores violencias. No habia especie de mal tratamiento que no la hiciese, hasta bañarla una vez en sangre con los golpes que la dió, y en cierta ocasion la precipitó de un empellon en un estanque donde la faltó poco para ahogarse.

Sufria Ingunda esta persecucion con una paciencia y una dulzura digna de la religion que profesaba; pero como el pálido color de su semblante y los cardenales de los golpes no podian ocultarse á Hermenegildo, llegando á entender por ellos la crueldad de Gosvinda, tomó la resolucion de retirarse con su esposa á Sevilla, capital de sus estados. Aprovechóse Ingunda de esta ocasion para convertir á su marido, y trabajó tan dichosamente en esta grande obra, auxiliada de su tio san Leandro, que al fin tuvo el consuelo de verla efectuada. Instruyó el santo prelado á Hermenegildo en las verdades de la fe católica, que



ya tenía el príncipe en el corazón. Con la oportunidad de cierta ausencia del rey Leovigildo, se ejecutó la ceremonia de su abjuración y su bautismo; y habiendo recibido con el sagrado crisma de la confirmación aquel valor y aquella constancia con que se forman los héroes del cristianismo, ya no deseó otra cosa más que tener alguna ocasión en que dar públicas pruebas de su fe.

No tardó mucho tiempo en ofrecérsele; porque habiendo llegado á noticia de Leovigildo su mudanza de religión, y que hacía pública profesión de la católica, entró en tan furiosa cólera, que no dando oídos más que á su pasión y á los violentos consejos de Gosvinda, la cual no cesaba de encender más y más el fuego de la indignación, desde luego le despojo del título de rey que le había concedido, resuelto también á quitarle sus bienes, y aun la vida, si no renunciaba á la religión que había abrazado.

Pero antes de llegar á estos extremos, le pareció conveniente tentar los medios de la suavidad, y le despachó un señor de su corte con la carta siguiente:

« Hijo mío, mas quisiera hablarte que escribirte; porque si te tuviera á la vista, ¿qué podrías negar á lo que te pidiese como padre, y te mandase como rey? Traeriate á la memoria las muchas y grandes señales que te he dado del tierno amor que te profesé, de las que sin duda te has olvidado desde que ascendiste al trono, donde te coloqué yo mucho antes que pudieses tú pensar en ocuparlo. Esperaba tener en ti un compañero que me ayudase á conservar el florido imperio de los Godos en el estado en que se ve hoy por mis victorias; pero nunca soñé pudiese llegar el caso de encontrar en la persona de un hijo mío un enemigo más peligroso que todos los que he vencido. No te contentas con que yo haya partido contigo mi corona; quieres reinar solo; y á este fin, abandonando la re-

ligión de tus abuelos, has abrazado la de los Romanos, que son los mayores enemigos del estado. No ignoras que la nación de los Godos comenzó á florecer desde que comenzó á ser arriana. También sabes que ninguna cosa enajena tanto los ánimos y los corazones como la diversidad de religión, y consiguiénte que nada pudiste hacer más ofensivo para el mío, que declararte católico. Acuérdate, pues, hijo mío, que soy tu padre, y que soy tu rey: como padre te aconsejo, y como rey te mando que vuelvas prontamente en tí, y restituyéndote, sin perder tiempo, á tu primera religión, merezcas con tu pronto rendimiento mi clemencia. No haciéndolo así, te declaro que me obligarás á tomar las armas; y en tal caso jamás tienes que esperar misericordia. »

Habiendo recibido Hermenegildo esta carta del rey su padre, respondió á ella con el mayor respeto: « Que sabía bien lo que debía á su padre y á su rey; pero que tampoco ignoraba lo que debía á su Dios; que esperaba desempeñar estas dos obligaciones de manera que, sin faltar al rendimiento y á la obediencia que debía al uno en lo que no se opusiese á lo que mandaba el otro, conservaría hasta la muerte la religión que había abrazado, persuadido de que fuera de ella no podía haber salvación; que le suplicaba no le considerase delincuente por haber renunciado á la superstición arriana luego que el Señor le abrió los ojos para conocer la verdad; que se tendría por dichoso si sellase su religión con su sangre, sin quedarle ya más que desear que la conversión de toda su nación y de toda su familia. »

La cristiana magnanimidad de Hermenegildo irritó el ánimo suspicaz y caviloso del padre arriano. Sirvióle de pretexto la conversión de su hijo para excitar una cruel persecución contra la Iglesia. Habiendo hecho Hermenegildo que su esposa Ingunda pasase



al Africa con su hijo, niño de pocos meses, para ponerlos á salvo de los arrianos, creyó que podia quedar él con seguridad en Sevilla. Pero Leovigildo, despues de haber corrompido á fuerza de dinero y de estratagemas la mayor parte aun de los mismos católicos que se habian declarado por el santo rey, resolvió ir á sitiarse en Sevilla. Pudo defenderse Hermenegildo; pero temiendo exponer la ciudad, y respetando, por decirlo así, la sangre de sus vasallos, se retiró al campo de los Romanos, no sabiendo la traicion que habian cometido, dejándose corromper con el dinero de su padre, contra la fe de los tratados. Conociólo cuando apenas habia entrado en su campo, y corrió á refugiarse en Córdoba; pero no teniéndose allí por seguro, tomó consigo trescientos hombres escogidos, y se encerró en la ciudad de Oseto, plaza entonces muy fuerte, cuya iglesia era muy célebre en España, y respetable aun á los mismos Godos por los grandes milagros que obraba Dios en ella. Sitiaron y tomaron la plaza las tropas de Leovigildo, que perseguia furiosamente á su hijo, resuelto á quitarle la religion ó la vida.

Apurado el santo rey, viéndose sin otro recurso, se refugió en la iglesia. No quiso Leovigildo sacarle de ella por fuerza, y permitió que su segundo hijo Recaredo, príncipe jóven que amaba tiernamente á su hermano, y era muy parecido á él en muchas de las bellas prendas que le adornaban, pasase á hablarle de su parte, asegurándole el perdon, con tal que se rindiese y sujetase á su padre. Procedia Recaredo de buena fe, y así representó á Hermenegildo que ya no se hablaba de religion, sino únicamente de pedir perdon al rey, que se daría por satisfecho con sola esta demostracion de rendimiento. Creyóle el santo mancebo; vino luego con él á arrojarse á los piés de su padre; recibióle este con grandes demostra-

ciones de cariño; abrazóle, hablóle con palabras blandas y amorosas, hasta que insensiblemente le fué conduciendo á su campo, donde mandó que le despojases de las insignias reales, y cargado de cadenas le llevasen prisionero al castillo ó alcázar de Sevilla. En la prision volvió segunda vez á las promesas y á las amenazas para obligarle á abrazar el arrianismo; pero hallándole siempre invencible, mandó que le encerrasen en un calabozo destinado para los reos, y que le tratasen con todo el rigor imaginable.

Entró el príncipe en aquel triste calabozo con mayor alegría que cuando habia ascendido al trono. No mirándose ya sino como soldado de Cristo, se dispuso con oracion, con ayunos, y con otras penitencias para entrar en el combate que debia sostener bien pronto, en defensa de la divinidad de aquel Señor á cuyos ojos combatia. Vistióse un áspero cilicio, no usó de mas cama que de la desnuda tierra, y añadió otras mortificaciones voluntarias á los trabajos de su rigurosa prision.

Llegó la fiesta de la Pascua, y pareciéndole á Leovigildo que el rigor de los malos tratamientos habria cansado la constancia de Hermenegildo, le envió un obispo arriano para que de su mano recibiese la comunión. Horrorizóse el santo príncipe al oír la proposicion del insolente hereje; y tomando el tono de héroe de la religion y de soberano, le afeó su impiedad y atrevimiento, declarando resueltamente que queria vivir y morir en la religion católica, y le arrojó de su presencia mandándole que no se volviese á poner en ella. Informado Leovigildo de la invencible firmeza de Hermenegildo, entró en una furiosa cólera, y en el mismo punto mandó á algunos soldados de su guardia que fuesen á quitarle la vida.

Ya esperaba Hermenegildo que su animosa confession de la fe le valdria la corona del martirio; y así se



disponia para el sacrificio, ofreciéndose víctima de su Dios en las aras de sus ardientes deseos. Estaba de rodillas, derramando su corazón en fervorosísimas ansias, cuando entraron los bárbaros en el calabozo, y abriéndole la cabeza con una hacha, le dejaron muerto en el suelo.

Al punto manifestó Dios la gloria del santo mártir, así con músicas celestiales que se oyeron por toda aquella noche al rededor del santo cuerpo, como con las celestiales luces que iluminaron toda la prision.

San Gregorio el Grande, que dejó escrito el triunfo de su martirio, atribuye á sus méritos y á su poderosa intercesion con Dios la conversion del rey Recaredo su hermano, y de toda la nacion de los Godos de España á la religion católica, que se siguió poco despues de su glorioso triunfo. Por lo que toca á Leovigildo, añade el santo pontifice, sintió vivisimamente haberse dejado llevar tanto de su furor; pero este arrepentimiento natural no llegó á convertir aquel obstinado corazón. Conoció la verdad; pero pudo mas con él la razon de estado, y el miedo de que no le despojasen del trono si mudaba de religion, y así murió en el arrianismo. Sucedió el martirio de san Hermenegildo la noche del Sábado Santo, 13 de abril de 586. Su santo cuerpo está en Sevilla, á excepcion de la cabeza, que fué llevada á Zaragoza cuando los Moros se apoderaron de la Andalucía. En el Escorial, y en el colegio de los jesuitas de Sevilla, que tiene la advocacion del mismo san Hermenegildo, se conserva tambien parte de sus preciosas reliquias, como en las ciudades de Avila en Castilla la Vieja, y de Plasencia en la Extremadura.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Sevilla en España, san Hermenegildo, hijo de Leovigildo rey de los Visogodos arriano, el cual, ha-

biendo sido puesto en una cárcel por defender la fe católica, como no quisiese recibir la comunion de mano de un obispo arriano, mandó su padre abrirle la cabeza con una hacha, y de este modo en cambio de una corona frágil y perecedera entró rey y mártir en el cielo.

En Pérgamo en Asia, la fiesta de los santos Carpo obispo de Tiatira, Pápilo diácono, Agatónica su hermana, mujer muy virtuosa, Agatodoro su criado, y otros muchos, los cuales, despues de varios tormentos, alcanzaron la corona del martirio por haber confesado valerosamente á Jesucristo, durante la persecucion de Marco Antonino Vero y Cómodo.

En la misma persecucion padeció tambien en Roma san Justino el Filósofo, varon admirable, el cual, no satisfecho con presentar á los emperadores la segunda Apologia que habia escrito en favor de la religion cristiana, la defendió con mucha energia en varias conferencias; pero acusado como cristiano por Crescente, filósofo Cínico, cuya vida y depravadas costumbres habia reprendido, en recompensa de su zelo y de su fidelidad recibió el don del martirio.

El mismo dia, el martirio de los santos Máximo, Quintiliano y Dadas, durante la persecucion de Diocleciano.

En Ravena, san Urso, obispo y confesor.

*La misa del dia es en honra del santo, y la oracion la siguiente.*

Deus, qui beatum Hermenegildum martyrem tuum cœlesti regno terrenum postponere docuisti: da nobis, quæsumus, ejus exemplo caduca despiciere, atque æterna sectari. Per Dominum nostrum...

O Dios, que enseñaste á tu Dienaventurado mártir Hermenegildo á que pospusiese el reino de la tierra al celestial; concédenos, que á su imitacion despreciemos las cosas caducas, y aspiremos siempre á las eternas. Por nuestro Señor...



*La epistola es del cap. 10 de la Sabiduría.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum : honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumventium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum : descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant. Et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo respetable. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido, sino que le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian. Convenció de mentirosos á los que le deshonoraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

## NOTA.

« Algunos herejes tratan de apócrifo el libro de la  
 » Sabiduría, porque en él se condenan claramente  
 » sus errores, en cuyo número entran los semipelagianos, como lo asegura san Agustin. Pero siempre  
 » ha sido recibido por toda la Iglesia como obra de  
 » Salomon inspirada por el Espíritu Santo, declarándolo así el tercer concilio cartaginense, el papa  
 » Gelasio, y el santo concilio de Trento, y citándole  
 » como tal san Agustin con los mas antiguos y mas  
 » célebres padres de la Iglesia. »

## REFLEXIONES.

Por mas que la malicia de los hombres perversos intente poner estorbos á la vida del justo, siempre le guia Dios por los caminos mas derechos y mas seguros : *Justum deduxit Dominus per vias rectas*. No son capaces de detenerle los malos pasos; ni el tiempo mas borrascoso sirve mas que para que camine con mayor celeridad. Si Dios es su guia, ¿qué tiene que temer? El Apóstol decia, que para los que aman á Dios, todas las cosas se convierten en bien : *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* : todo entra en provecho á los que el mismo Señor escogió para santos. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion. Concédela Dios á los que tienen corazon sano y espíritu dócil. Todos los cristianos estudian en esta escuela; pero ¡qué cortos progresos se hacen en ella! No es falta del maestro que esparce los rayos de su doctrina sobre los buenos y malos, y desata el riego de su celestial sabiduría sobre justos y pecadores; es por el poco caso que se hace de ella, y por el poco gusto con que muchos la oyen. Tiene el mundo sus discípulos; gustan de su doctrina, porque están llenos del espíritu del mundo, y porque se hacen sabios en poco tiempo. Pero ¡en qué ciencia, mi Dios! en aquella que se reduce á saber condenarse sin miedo, á saber perderse con desvergüenza y con alegría.

*Honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius*. Hace Dios al bueno mas honrado con las persecuciones, y mas rico con los trabajos, porque le asiste para que se aproveche de ellos. Su sudor es de mucho precio. Enjuga Dios sus lágrimas, cuenta sus pasos, tiene cuidado hasta del menor de sus cabellos; mientras los pecadores se cansan en el camino de la maldad y de la perdicion : *Lassati sumus in via ini-*



*quitatis et perdicionis* (1), andando siempre por sendas ásperas y dificultosas : *Ambulavimus vias difficiles*. Digan lo que dijeren, no se van al infierno con mucho descanso. ¡Cuánto da que padecer la tiranía de las pasiones! El que se pierde, se pierde siempre á mucha costa : *Vias difficiles*. Las inquietudes, las zozobras, la amargura inundan el camino por donde corren los libertinos y los impios : *Viam autem Domini ignoravimus* : é ignoran el camino del Señor, ignorando la ciencia de los santos. ¡Qué perjudicial es para ellos esta fatal ignorancia! ¡qué cara les cuesta! Posee en buena hora toda la sabiduría del mundo; sabe á la perfeccion todas las menudencias de la corte- sania, de la urbanidad, de la atencion y de la buena crianza; no ignores ápice ni primor de lo que los mundanos llaman gracias, buen gusto, brillantez, esplendor, alegría, placeres y diversion; sé, por decirlo así, como el alma de todos los festines del mundo : *Quid nobis profuit?* Ciencia del mundo, error, ilusion, locura; ¿de qué le servirá á un pecador envejecido, á una persona jóven haber brillado, haber sobresalido, y haberse despues condenado? *Ergo erravimus á via veritatis, et justitiæ lumen non luxit nobis*. Luego erramos miserablemente el camino de la verdad : luego no rayó sobre nosotros la luz de la justicia : luego caminamos á oscuras y en tinieblas, ciegos, extravagantes, insensatos : y esto nosotros, que tanto nos preciábamos de discretos y de entendidos; nosotros, que teníamos lástima, que mirábamos con compasion á los que iban por camino enteramente contrario. ¡O qué confesion tan desesperada! *Talia dixerunt in inferno qui peccaverunt*. Así discurrirán, así hablarán en el infierno aquellas mujeres profanas que ignoran su religion, ó que afectan ignorarla; aquellos libertinos que hacen ostentacion de su im-

(1) Sap. 5.

piedad y de su disolucion. Mas ¡ó qué dolorosos son los ayes cuando son inútiles, y cuando son eternos!

*El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.*

In illo tempore, dixit Jesus turbis : Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarij sunt, si habeat ad perficiendum : ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes : Quia hic homo cepit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat : si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas : Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo, Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que despues de hechos los cimien- tos, y no pudiendo concluir- la, no digan todos los que la vieren : Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.